

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Las Flores*, por D.^a Angela Grassi.—*A Unas Violetas*, (poesía), por D. Antonio Corzo y Barrera.—*La Cruz del Olivar* (continuación), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Salones*, por A. A.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 849.—*Grabado de Labores*, núm. 63.

REVISTA DE MODAS.



AS festividades del mes de Abril y el delicioso tiempo que durante él hemos disfrutado, han favorecido á la Moda de primavera, permitiéndola ostentarse rica, espléndida, risueña, impregnada de coquetería! Á los trajes severos de Semana Santa, han sucedido los de seda y foulard en colores claros, de adorno y corte ajustados á las últimas reglas de la Moda. Los dibujos chiné y de brochado menudo sobre fondos lisos en color claro, llevan la palma, y lo mismo en trajes cortos para calle que largos para paseo, visita y teatro, el buen gusto tiene mucho en que escoger. Estamos en época verdaderamente primaveral, y así como los valles se cubren de mil variadas flores, así el campo de la Moda se fecunda con infinitas y vistosas creaciones! Bien venido el mes de las flores, de los perfumes, del sol radiante y de la Moda ligera y vaporosa!

Los trajes cortos para calle ganan terreno cada día... y ¿cómo no si en ellos se combina la comodidad, la economía y la elegancia? Tanto para Madrid, cuanto para las fiestas de Sevilla y de Valencia, se han hecho trajes del mejor gusto, combinándolos con dos distintas telas, ó haciendo ambas faldas con la misma. El foulard, las lanas sultana y la alpaca, en la que han venido este año dibujos de mucho gusto, son las elegidas en general para esta clase de trajes, cuyo principal realce consiste en el gusto, en la hechura y los adornos. Se han hecho algunos de foulard gris plata con dibujo chiné azul, descansando la falda ondeada sobre otra de gris azul, que eran dignos de fijar la atención: otros se preparan de grés negro abiertos por el costado y unidos por enrejados de cordón, dejando ver la falda de abajo de seda grana ó verde adornada de bieses de raso ó entredoses de guipure negros.

El raso es por el momento la tela favorita para adornos, y en bieses, carteras ó lazos realzan con mil graciosas combinaciones los trajes cortos y largos, que por igual comparten el favor de la Moda! Como complemento al traje corto se hace cuerpo alto igual á la falda de abajo, y otro escotado en cuadro y unido en el hombro como la de encima. También los completan vestas de pequeña aldeta redonda por delante y por detrás, sin mangas, y sujetas por un cinturón, jugando la manga ceñida con la falda de abajo; ó bien paletot holgado redondo ó con picos, de tela igual á la falda superior. De cualquiera de estas combinaciones resulta un traje sencillo, ligero, destinado á llamar la atención por la mañana en las calles de la ciudad, hasta que vaya á ostentarse á orillas del mar ó en el pintoresco valle, su verdadero sitio!

Los trajes largos lo son mas cada día, y la cola nesgada se abre en ellos con encantadora majestad. Los adornos en el bajo están excluidos en este género de trajes, quedando reservados tan solo para el peplum y cuerpo... ¿Cuerpo dijimos? ¡Error! ¡Lamentable error! El cuerpo del vestido desaparece reemplazado por la vesta, por la hechura Princesa (sotana), ó por el paletot igual á la falda para usarle sobre camiseta de batista ó cachemir. Estas se hacen este año de mucho gusto, y entre tanto que llega la época de poder usarlas de batista, se confeccionan en cachemir blanco ó en foulard, primorosamente bordadas á punto ruso y con cuentas de azabache ó cristal, de un efecto encantador.

Aunque las fiestas en los salones de nuestra aristocracia tocan á su fin, todavía se confeccionarán para las postreras algunos trajes de baile, y en este concepto no podemos menos de recomendar uno blanco de tul de ilusión, adornado en túnica con bullonado maíz, sostenido de trecho en trecho por racimos de uvas de oro: otro aun de ma-

yor novedad es de tul de Lyon negro, cubierto por otra falda de tul de seda negro, también bordado de azabache: termina la falda al canto un ancho tableado del mismo tul, cubierto de encaje negro bordado de azabache, y baja por todas las costuras un entredos de guipure bordado, que sujeta en su terminación un grupo de flores de granado. El delantal formado por entredoses, y el cuerpo, van asimismo adornados de flores de granado, cerrando el cinturón de raso negro y bordado otro grupo de flores grana. Nada más nuevo y elegante que este traje negro para baile!

La cuestión de abrigos está resuelta! Cortos y holgados, redondos ó con picos por abajo, son los adoptados por fin! Hácense algunos en cachemir, muchos en grós de París, y sus adornos en raso y en azabache les da gran realce y atractivo. No está enteramente relegado el paletot ceñido, pero siempre corto, y en unos y otros alterna la manga justa ó perdida, á voluntad. Mas útiles que nuestros detalles son los modelos que ofrece la lámina doble que hoy se reparte á las que tienen derecho á ella. Dicha lámina presenta seis modelos de abrigos de primavera del mejor gusto.

Los accesorios que acompañan al presente número, vienen con deliciosa oportunidad á satisfacer la justa impaciencia de nuestras lectoras en esta época de transición! Os hablábamos de los abrigos que muestra en sus seis figuras el doble figurín? ¡Ahora os remitimos al exclusivo de sombreros que reemplaza al acostumbrado de lencería! ¿Podreis apeteer más, bellas lectoras, nada más ideal y vaporoso que el sombrero *Reina Margarita* que ocupa el centro? Nada más sencillo y delicado que el sombrero *diadema* y el *parisien*? En ellos teneis modelos de calle, paseo y campo, notando de seguro, con el mismo placer que yo lo advierto, que sus formas, lejos de reducirse han aumen-

tado visiblemente. ¡Esto es un buen pronóstico para el invierno!

La lencería hace prodigios en estos meses, y son tantas y tan variadas las hechuras de cuellos y mangas, que no puedo menos de aconsejar á cada señora que dé la preferencia á la forma que más le agrade ó mejor le siente: se estilan los cuellos de picos á la Van-Dick, los de vuelta, los amazonas, las golás rizadas y los Dubarry, que llegan hasta cerca del hombro. ¿Quién se atreve á lanzar la palabra de preferencia? Las aplicaciones en guipure y valenciennes, los ricos bordados, las guarniciones, todo se aduna y se utiliza! En camisetas ó cuerpos de linón se anuncian lindos caprichos para este año, y es seguro que se llevarán paletots cortos y holgados, y vestas-figaras de rica muselina, con bordados, encajes ó bullones. Nada más vaporoso y distinguido que estas prendas para los meses del calor!

En trajes de niños poco podemos decir, porque su corta estatura permite escasas variaciones, y las niñas de diez y doce años utilizan las mismas modas de las señoras. No obstante, como el figurín de niños no le recibirán hasta uno de nuestros próximos números, diremos, para entretener el deseo de los pequeños y de sus amantes madres, que el gusto breton se sostiene con gran favor para los niños, y en esa hechura vendrán los modelos de la estación. El pantalón holgado y la vesta floja les ofrece comodidad y desenvoltura, á la par que belleza: las niñas utilizan las vestas y peplums de los trajes de señora, y los pequeños de ambos sexos, gastan siempre la indispensable sotana ó falda suelta y plegada, con cuerpo de aldetas, escotado en cuadro y ceñido por cinturón flotante. Este es el único atavío que armoniza con su tierna edad!

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LAS FLORES.

Hé aquí que en alas de los céfiros se va acercando á nosotros el risueño musgo; hé aquí que ya llega entre océanos de luz, entre torrentes de armonías, para estender su cetro sobre las florestas, su cetro mágico que hace brotar por todas partes sorprendentes maravillas. La naturaleza, como una feliz desposada, ya está cubierta con su manto verde, símbolo de la esperanza, y pronto ostentará los mil matices que completan su nupcial ropaje.

Mayo llega, y con él llegan las flores, dulces mensajeras del amor, que va á celebrar con la tierra sus dichosos esponsales.

—¿Hay nada tan poético en la creación como las flores?
¿Hay nada que como ellas captive al mismo tiempo el alma

y los sentidos, revelándonos la omnipotencia del Artífice divino? ¡Qué esplendor, qué magnificencia desplegados para realzar á esos frágiles seres que deben vivir un día, una hora, ó tal vez un solo instante? ¡Cuántos tesoros de perfumes, de néctar, de bálsamos milagrosos, encerrados en ese diminuto cáliz que deshoja el viento? ¡Ah! si Dios de tal modo embellece á las florecillas de los prados, ¿de qué bellísimos resplandores no vestirá las almas justas que vayan á reposar en su Sagrario?

Las flores parecen seres dotados de vida y sentimiento: ¡védlas cómo asoman por todas partes su corola, védlas cómo se balancean sobre el musgo perfumado! Las unas cubren las copas de los árboles ó se entrelazan á su viejo tronco, las otras bordean los arroyos y ofrecen benéfica sombra á sus corrientes. Estas descuellan sobre los ribazos, confundidas con la humilde yerba, aquellas entre las grie-

tas de los derruidos murallones; hermocean al mismo tiempo los valles y los montes, brotan lo mismo en los profundos ántros en donde apenas se divisa un pálido rayo de sol, que sobre los peñascales calcinados por su luz brillante: no hay sitio que desdeñen por pobre, no hay oscuro rincón que menosprecien por escondido. Imágenes perfectas de la igualdad absoluta, lo mismo perfuman la rústica cabaña que los palacios régios, con las mismas galas se visten para adornar los cabellos de una pastorcilla, que para adornar el tocado espléndido de una reina: florecen lo mismo sobre la fosa común del cementerio, que sobre los mausoleos de pórvido, y del mismo modo asoman su corola por entre las rejas de una cárcel, que por entre los hierros dorados de un balcón, que sirve de solaz á una altiva dama.

Se necesita oro para adquirir la mas tosca de las piedras preciosas, para alimentar al mas pequeño de los pájaros, para comprar las frutas de los árboles ó el sabroso trigo; para poseer las tiernas florecillas, consuelo del alma, recreo de los sentidos, nos basta un puñado de tierra, un rayo de sol, unas cuantas gotas de agua, las únicas tres cosas que hasta ahora no ha monopolizado por completo la sórdida codicia de los hombres.

No hay arte alguno que no las pida prestada su belleza: la escultura las imita en sus ornamentaciones ligeras y delicadas, la arquitectura adorna de guirnalda las columnas y las fachadas de los severos edificios, la pintura empuña con ellas un rudo combate para arrancarlas el secreto de sus vivísimos colores y de su flexible galanura: bordados primorosos, ricos tejidos, manufacturas de todas clases no aspiran á otro mérito que al de reproducir con exactitud sus perfecciones. Pero ¡ay! vano es su empeño: artes y manufacturas jamás podrán alcanzar una completa victoria sobre la naturaleza. Hé aquí por qué las obras del hombre, por perfectas, por admirables que nos parezcan, están sujetas á la ley tiránica del capricho y de la moda. Lo que hoy gusta mañana desagrada, lo que aquí se considera como un hermoso prodigio parece grotesco en otros países: el hombre hace y rehace continuamente sus obras, dá mil extrañas formas á la materia, y nunca puede fijar de una manera absoluta el tipo de lo bello. Las obras del Creador, cuya belleza es inmutable, porque es perfecta, nunca pierden su atractivo: las rosas de que se coronó Vénus al salir de entre la espuma de las olas, son las mismas que nosotros admiramos, y del mismo modo que embelesan al salvaje hotentote en sus desiertos de arena, forman el embeleso de los lapones que vagan por las orillas de los mares congelados.

Las previsoras florecillas, como si quisieran perpetuar el placer del hombre, no se ofrecen á sus ojos todas juntas, sino que se van reemplazando mutuamente, para que jamás carezca de su encanto.

Con las brisas templadas de la primavera, aparecen entre la yerba las violetas, las margaritas, los jacintos, los narcisos y las anémonas, que se deshojan y perecen, para ceder su lugar á las lilas, á los tulipanes y junquillos. Aun campeon éstos orgullosamente sobre el césped, cuando ya asoman entre el espeso follaje los capullos de las rosas, de los lirios, de los jazmines y botones de oro, y al marchitarse al fin las unas y las otras, abrasadas por el aire calu-

roso del estío, empiezan á entreabrir su cáliz las flores de otoño, engalanándose de nuevo los vergeles con los pensamientos, las balsaminas, los amarantos, las dalias y los girasoles.

Séres casi inteligentes, las florecillas agradecen el menor trabajo, y parecen pagar el cariño con cariño. El hombre, si quiere, puede conservarlas en sus invernaderos durante los días del helado invierno con poquísimo esfuerzo, y embriagarse con el perfume de los geránios, las varas de Jessé, los jacintos, los narcisos y los tulipanes.

Séres casi dotados de sentimientos, las flores toman una parte activa en nuestras penas y alegrías; la jóven desposada, por mas rico y suntuoso que fuese su traje, creería que le faltaba lo mejor, si le faltase su ramillete de boda: de flores se cubre la mesa del festín, con flores se adornan nuestros salones de baile, y de flores sembramos el camino que deben atravesar los Reyes de la tierra, ó el sublime Rey de lo infinito. Consagramos lauros á la gloria, mirtos al amor, rosas á la hermosura, y á la virtud modestas siempre vivas. Mas ¡ay! que tambien ceñimos de rosas blancas, símbolos de inocencia, la sien de la jovencilla que baja prematuramente á la tumba; ¡ay! que suspendemos de los sarcófagos do reposan los restos amados de nuestros padres coronas de pensamientos!

¿Quién no comprende el lenguaje poético y expresivo de las flores, para tratar de los afectos del alma? ¿quién no se siente conmovido delante de la que le recuerda su patria, su hogar, las sonrisas castas de su esposa, ó la bendición augusta de su madre?

¿Conoceis la bellísima balada alemana de Etelvina?

Etelvina era la hija única del baron de Rotesvood. Su castillo feudal se alzaba sobre la cúspide de informes peñascos, agrupados y como unidos en un estrecho abrazo; á sus piés corrían las aguas majestuosas del Rhin, sombreadas por árboles gigantes.

Los padres de Etelvina eran viejos y caducos: el Señor les habia concedido aquella hija, aquel rayo de sol para iluminar sus postreros días. ¿Es necesario decir que la adoraban? Guardábanla escondida en su castillo, como un precioso tesoro, y tenían envidia hasta de los arroyos que espejaban su hermosura, hasta de la brisa que oreaba sus cabellos, y de los parleros ecos que repetían sus cantos.

En Alemania se planta un árbol por cada hijo que nace: la madre de Etelvina solo quiso plantar un bosquecillo de lirios blancos al pié de la encina que habia nacido con ella, que con ella habia crecido, y regaba por mañana y tarde aquel bosquecillo, cuya blancura, en tiempo de la eflorescencia, semejava á la blancura de la nieve, cuyo perfume saturaba á larga distancia la enramada.

Etelvira, creciendo entre besos y sonrisas, llegó á la edad feliz de los amores, y la destinaron por esposo al jóven y bello Rodulfo, baron de Flotesveld, cuyo castillo descollaba tambien sobre peñascos, en frente de Rotesvood. Ya el traje nupcial estaba dispuesto; dispuesto el altar del himeneo, cuando estalló una furiosa tormenta, y los viejos señores concedieron asilo en su morada á un peregrino que venia de Tierra Santa. Era un trovador, un aventurero. Habia dejado en el occidente á su esposa y á sus hijos, habia dejado en oriente á una hermosa sultana abandonada; pero

era bello, joven, persuasivo. Vió á Etelvina, tal vez no la amó, pero quiso ser amado. ¡Lo fué!

Desde aquel día se le vió vagar incesantemente por las orillas del Rhin y por las laderas del monte; desde aquel día al ponerse el sol y al rayar el alba se le oía cantar, acompañándose con su laud, canciones llenas de pasión, de promesas y entusiasmo.

Etelvina las escucha temblando desde su ventana, porque sabía que era á ella á quien invocaba en medio de su delirio.

—Ven, decía el cantor, abandona esos viejos muros en los cuales está sepultada tu hermosura; abandona á esos ancianos, cuyo corazón está ya helado con el frío de la muerte, dá un adiós al grave y ceremonioso Rodolfo, á este cielo nebuloso, á este suelo agreste. Ven á Italia que es mi patria. En Italia hay bosquecillos de naranjos, prados llenos de flores, palacios de pórvido y rostros alegres, animados por el amor y la ventura. Ven, sígueme, te amo.

Cesaba el canto, y todos los ecos del valle repetían en confuso y dulcísimo murmurio: *te amo!*...

Etelvina respondía con lágrimas y suspiros á la palabra misteriosa que llenaba de turbación su alma.

Sus padres también la oían, y también temblaban, y también alzaban al cielo sus convulsas manos.

Para conjurar el peligro apresuraron la ceremonia nupcial.

La noche precedente al día del himeneo, el canto del trovador fué tan triste y desolado, que Etelvina, palpitante, conmovida, cediendo á un funesto hechizo, abandonó, casi á pesar suyo, su estancia, bajó á tientas las graderías del castillo, atravesó el jardín y penetró en el parque. ¡Ay infeliz! Solo la separaba un vallado del cantor nocturno; solo

necesitaba dar un paso para entrelazar sus manos con las suyas, para percibir latidos de aquel corazón apasionado. ¡Un paso, un paso solo, y ¡ay! de su honor, ¡ay de Rodolfo, ¡ay de sus viejos padres!

Dió sin embargo este paso, tocó al vallado...

Pero casi al instante apercibió en su derredor una suave fragancia, que despertó mil confusas ideas en su mente, mil dulces sensaciones en su alma. A pesar de la oscuridad de la noche, los lirios ostentaban su ropaje blanco al pie de la encina majestuosa, que parecía cobijarlos con sus ramas.

—Madre! Madre mía! murmuró Etelvina, y cayó desmayada sobre los lirios, que la ofrecieron un lecho blando y oloroso.

¡Allí la encontró al alba, allí la encontraron su padre, su madre, el amoroso Rodolfo!

El nocturno cantor la aguardó en vano; y los pastores de las cercanías le vieron alejarse, rompiendo las cuerdas de su laud con impotente furia.

Etelvina siguió á Rodolfo al altar, coronada con los blancos lirios que la habían salvado de sí misma, y cuando fué feliz esposa y feliz madre, los bendijo, y los regó con su propia mano por mañana y tarde, en prueba de gratitud por el servicio que la habían prestado.

Hoy el viejo castillo se ha convertido en escombros, se han derrumbado las altas torres, los fuertes murallones, pero al pie de una encina centenaria florece aun un bosquecillo de lirios, y los pastores los muestran con piadosa veneración al viajero, diciéndole:

—¡Estos son los lirios milagrosos que salvaron á Etelvina!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á UNAS VIOLETAS.

—¿Qué traéis, modestas flores,
Envuelto en vuestros aromas?

—Un suspiro te traemos
De la bella á quien adoras.

—¡Benditas seáis, violetas;
Pues me guardáis cariñosas
Los tesoros de su pecho,
Y el perfume de su boca!

¿Cómo ha puesto su suspiro
En vuestras candidas hojas?
—En un beso de sus labios
Nos ha dado el alma toda.

—¡Ay! envidia vuestra suerte,
Violetas encantadoras:
¡Yo también librar quisiera
El perfume de su boca!

Antes de venir á mí
¿Qué hacíais tristes y solas?
—Vivir entre sus cabellos,
Y respirar sus aromas.

—¡En sus cabellos vivíais!
Feliz estrella os abona.
¡Quién, ay, se adurmiera en ellos
Al perfume de su boca!

Há días que en ella os ví;
Volved y decidle ahora...
—Qué el alma suya es la tuya,
Y que el corazón te roba!

—Sí; decidse lo, violetas:
Y ojalá que cuando os oiga
Premie en vosotras mi amor
Con un beso de su boca!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

Estas pruebas de bondad conmovieron á María, haciéndola derramar amargas lágrimas, y no tuvo mas remedio que consentir en los deseos de Ada, porque ésta no permitió retirarse hasta que se lo hubo prometido.

Las dos familias la demostraron su interés, y la Condesa no solo aprobó la determinación de su hija, sino que rogó por sí misma á María que se trasladase á su casa al día siguiente.

—Están bien en la mía, Condesa, dijo la madre del Marqués, yo las emplearé en mi servicio y nada las faltará.

—Y esto es lo natural, dijo el Marqués; estando en casa han perdido á su padre, cómo hemos de consentir en que vayan á refugiarse á otra parte?

—¿Y nuestras dos familias no van á ser una misma? dijo Ada; yo quiero que María se venga conmigo, me interesa mucho, y deseo tenerla á mi lado.

—Mi madre también necesita de su compañía, dijo el Marqués.

—Si Ada quiere, que se la lleve; me complazco en darla gusto, y tú debes de hacer lo mismo, hijo mío, dijo la Marquesa.

—Oh! eso nunca, exclamó fuera de sí el Marqués.

—Sebastian!... gritó su madre con severidad.

—Caballero! dijo la Condesa, queriendo adivinar algún interés oculto en aquella extraña persistencia que rayaba en descortesía, y que llenó de lágrimas los hermosos ojos de la infantil Ada, que no estaba acostumbrada á que se contrariase ninguno de sus caprichos.

Enrique miró á su hermano con ansiedad; pero éste encogiéndose de hombros con mal humor, se salió de la habitación sin insistir, y sin dar una palabra de disculpa que atenuase en parte la dureza de su palabra.

—Hija mía... cuándo se han visto lágrimas en tus ojos... dijo la Condesa abrazándola; cálmate por Dios, y no hagas caso de ese loco, que ha sufrido no sé qué especie de transformación desde algún tiempo á esta parte; preciso será romper este proyecto de boda si ha de hacerte infeliz.

—Por Dios, Condesa! discúlpele Vd.; verdaderamente no sé qué tiene, ni porque se ha vuelto arrebatado y brusco, cuando siempre ha sido un modelo de caballerosidad y de finura.

—No ha pretendido él disculparse, Marquesa, dijo la madre de Ada con ironía.

Durante esta escena, la joven que era causa de la desavenencia de aquella familia tan unida antes, no dijo una palabra, siguió llorando en silencio por la pérdida de su padre, resuelta á no quedarse ni en una ni en otra casa.

Al día siguiente mandó recado á Manolo para que fuese á buscarla, y sin despedirse de nadie marchó con Macrina á Tórtola, tan pronto como dieron sepultura al infeliz Mauricio.

El Marqués supo esta determinación cuando ya no

pudo oponerse á ella, porque habían desaparecido sin decir dónde se dirigían; únicamente manifestaron á la Marquesa por conducto de uno de los criados, que no aceptaban las generosas proposiciones de las dos familias, por no tener el disgusto de ver que por causa suya se alteraba su feliz armonía. Mas no por esto volvió la paz al corazón de los prometidos esposos, que continuaron completamente extraños el uno al otro, Ada sin querer ver á Sebastian, y Sebastian sin pretenderlo, siguiendo una conducta sumamente extraña, que tenía á su buena madre llena de una mortal inquietud.

Se pasaba el día encerrado en su cuarto; ni siquiera bajaba al comedor por no escuchar las amonestaciones de su madre y de su hermano, aunque jamás contestaba una palabra á cuantas reflexiones le hacían, y se iba tornando cada vez mas uraño y mas áspero.

Ay! la pobre Marquesa, tan feliz y tan tranquila siempre, empezó á experimentar un amargo pesar, y mucho mas cuando supo que el Marqués salía á caballo todas las noches y se marchaba solo, volviendo al amanecer.

Ada no quiso oír ni su nombre siquiera. Enrique, que poseía en alto grado las simpatías de toda la familia, los acompañaba muchas veces, procurando atenuar la falta de su hermano; pero el enojo que causaba su nombre solamente hacía inútiles todos sus esfuerzos.

Los días se deslizaban tristes y monótonos para las dos familias, que habían creído unirse en una y disfrutar de una envidiable paz.

La Marquesa, sentada en sus salones, hacia sin cesar encajes de aguja, quería distraer su pena, pero con frecuencia se la veía suspirar, corriendo dos lágrimas cristalinas de sus hermosos ojos, que bajando á lo largo de sus mejillas, iban á morir entre los negros encajes de su papalina.

Enrique las vió un día.

—Madre de mi alma! exclamó, partido el corazón de dolor; cuánto daría por despejar esta situación funesta en que nos ha colocado la imprudencia de mi hermano!

—Ay! Enrique mío, tú no sabes cuánto sufro; nos ha puesto mal con el Conde, que era el amigo íntimo de tu padre, mas bien su hermano, porque se criaron juntos, y desde que Ada nació estaban acariciando la idea de casarla con Sebastian. Este compromiso era inquebrantable; y luego yo no sé qué tiene esa criatura, yo no sé qué hace, huye de mí por no darme una explicación de su conducta, y me está matando, porque ya no puedo sufrir, hace tres días que no le he visto, y lloro al ver que no me ama, cuando el amor de mis hijos es mi sola felicidad.

La Marquesa al decir esto prorumpió en amargo llanto; Enrique se arrodilló á sus pies, y rodeándola con sus brazos la besó en la frente, diciéndola:

—Mi querida madre!... y yo no soy nada para Vd...? yo que la adoro, que daría la mitad de mi vida por evitarla una sola lágrima!

—Hijo mío!... mi único consuelo!... exclamó la anciana cubriendo de apasionados besos la frente de su hijo, como si quisiera desahogar su inmenso dolor en aquellas santas caricias.

Transcurrieron unos instantes; la Marquesa enjugó sus

lágrimas, Enrique se levantó, limpiándose el polvo que había quedado en su pantalón al arrodillarse.

—Hijo mío, dijo la anciana, voy á pedirte un favor; quiero que veas á tu hermano, que le interrogues, que te enteres de sus secretos, y me los digas para tomar una determinación.

—Eso es muy difícil; conoce Vd. su carácter arrebatado, altivo, y aunque sabe que obra mal, ni lo confesará, ni es capaz de arrepentirse, exclamó Enrique.

—Pero al menos, podrás tranquilizarme acerca de su salud; yo no voy porque está ofendida mi dignidad de madre. En esta ocasión hace uso de sus derechos, y obra como jefe de la casa sin dar cuenta á nadie de sus acciones, y esto no puede menos de lastimar mi amor propio, acostumbrada como estoy á su completa sumisión y á su deferencia para conmigo, pues hasta hoy no he tenido que reprocharle ni la mas leve falta de obediencia y de respeto.

—Bien, madre mía, le veré; tranquilícese Vd., pero no abrigue la esperanza de que las cosas vuelvan á su antiguo estado; la alianza de las dos familias es ya imposible. Sebastian aborrece á Ada, y Ada no puede ver á Sebastian; no se aman, ni se han amado nunca; esta es la causa de su rompimiento.

—Pero si han estado siempre conformes y en la mejor armonía!

—Porque no habían consultado su corazón, mejor dicho, porque dormían sus pasiones, que un choque eléctrico se ha encargado de despertar. Ah! tengo una sospecha que no saldrá de mis labios hasta que averigüe su certeza.

—¿Y no me la dirás? Tengo valor para escucharlo todo, y me conformaré con cualquier cosa por recobrar la tranquilidad y el amor de mi hijo. ¡Ah! con todo, menos con ver manchados los timbres de mi casa.

—¡Ah!... exclamó Enrique con un hondo suspiro, y levantando los ojos al cielo.

—¿No puedes comunicarme tu sospecha? insistió la Marquesa.

—Perdóneme Vd. que la calle hasta saber si es cierta. Voy á ver á mi hermano.

La Marquesa inclinó la cabeza sobre el pecho, suspiró, tomó con nuevo afán sus encajes, y volvieron á correr sus lágrimas.

VIII.

Secreto descubierto.

El dormitorio del Marqués estaba situado en el cuarto principal; caían los balcones á la puerta, y tenía salida secreta por aquel lado, de manera que todas las noches se marchaba sin necesidad de salir por la puerta principal de la quinta, y sin embargo de que procuraba hacerlo secretamente por no disgustar á su madre no dejó de saberse.

Enrique se dirigió al cuarto de su hermano; un ayuda de cámara estaba en la entresala.

—El señor Marqués duerme, no ha llamado todavía; dijo respetuosamente á Enrique.

Este miró al reloj, y exclamó:

—Pues ya son las doce.

Luego, sin atreverse á interrumpir el sueño de su hermano, abrió el balcón y se apoyó en la barandilla.

Habría pasado un cuarto de hora cuando se sintió una campanilla, agitada al parecer por una mano febril, según su prolongado sonido.

El criado entró.

Enrique, sin quitarse del balcón, aguardó á que saliera.

—Puede Vd. pasar, dijo éste apareciendo poco después.

El dormitorio del Marqués era una pieza grande, con chimenea y dos grandes balcones, en el centro estaba la cama, que era antiquísima, hecha de una madera de América, con adornos de talla, la corona de Marqués, y el escudo de armas de la familia grabado en la cabecera.

Tenía anchas coladuras de damasco carmesí con flecos de oro, la colcha de lo mismo, y sábanas de riquísima Holanda guarnecidas de encaje.

Cuando entró Enrique, vió inmediatamente á su hermano, porque éste había mandado al criado que descorriese las cortinas y abriese los balcones.

—¡Oh! tú te vas pareciendo á los pájaros de mal agüero, que duermen de día y velan de noche, mi querido hermano; dijo Enrique pretendiendo hacer su tono todo lo mas chancero posible.

—¿Y quién te ha dicho que yo no duermo de noche? preguntó el Marqués incorporándose en la cama y echando atrás con indolencia sus hermosos y largos cabellos.

—Lo supongo, porque tú has tenido siempre costumbre de madrugar, particularmente en el campo, y ahora, á pesar de hallarnos en la mas bella estación del año, te levantas después de las doce.

—¡Pchs!... es necesario tomar el tiempo conforme viene, contestó el Marqués.

—Suele suceder que cuando se muda de inclinaciones se muda también de costumbres.

—Quizá sea eso.

—¿Y te son mas agradables las nuevas que las antiguas?

—Pláceme ciertamente variar.

—Pero variaciones que perjudiquen al buen nombre de tu familia no creo que te deban ser muy gratas.

—¡Bah! ¿Qué tiene que ver uno con otro?

—Mucho, puesto que hoy te levantas tarde porque pasas las noches en indignos galanteos.

El Marqués miró fijamente á su hermano, luego encorviéndose de hombros exclamó:

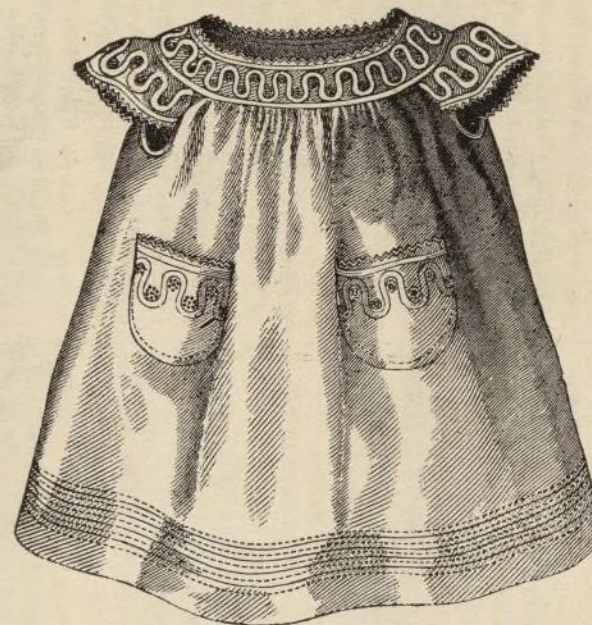
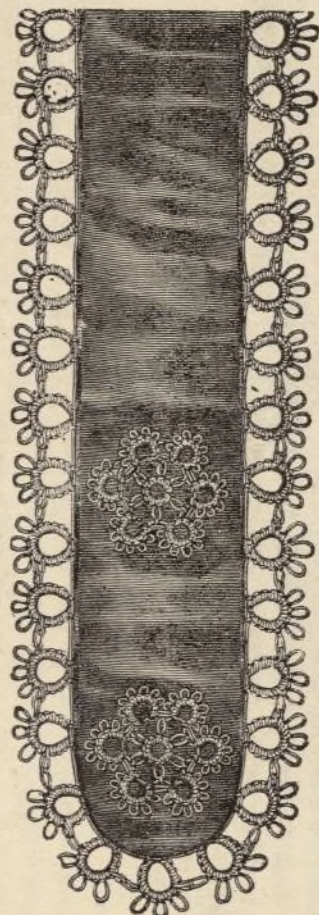
—Será preciso no hacerte caso.

—Pues vengo á que me escuches, hermano mío; vengo á suplicarte que cambies de conducta, ó por lo menos que des una explicación.

—Soy dueño de mis acciones.

—Pero nuestra madre llora, Sebastian; la infeliz sufre amargamente por tu desvío, y no bastan mis caricias á consolarla.

—¡Es verdad, soy un ingrato!... exclamó el Marqués con un hondo suspiro, y pasándose la mano por la frente como si alguna idea le hiciera daño.



—¿Y no has pensado antes en esto?

—Sí; pero á veces hay en nosotros mismos una fuerza superior que nos arrastra.

—A esa fuerza se opone otra mayor, la de la razon, la del buen sentido, la del honor, Sebastian, porque tú has sido siempre caballero y noble, y has tenido afán por conservar sin mancha los timbres de tu casa.

—Es verdad, volvió á decir Sebastian con honda tristeza, sentándose del todo en la cama, y apoyando los codos en las rodillas y la frente en las palmas de las manos.

—Perdóname, si siendo el hermano menor me permito reconvenirte; yo no tengo derecho para censurar tus acciones; pero en nombre de nuestra anciana y buena madre vengo á suplicarte que recuerdes la promesa hecha á nuestro padre moribundo, y que siquiera, por el honor de la familia, procures quedar como corresponde, y no rompas sin motivo justificado el compromiso que te une á la familia del Conde.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

SALONES.

De regreso ya de su expedición á Sevilla muchas familias de la buena sociedad madrileña, y entre tanto que otras se preparan para visitar á Valencia en las fiestas del Centenar de la Virgen de los Desamparados, los salones han vuelto á abrir sus puertas para aprovechar lo poco que queda de la temporada, ó mas bien para dar sus funciones de despedida.

La señora condesa del Montijo obsequió á sus amigos el domingo con el último baile del invierno, y se despedirá uno de estos días con una funcion lírica para trasladarse á su quinta de Carabanchel.

En el lindo teatro de los Sres. de Andilla se estrenó el sábado un gracioso juguete, original del Sr. Baron, titulado *Picar muy alto*. Esta pieza, que se distingue por lo moral de su argumento y lo bien entendido de sus caracteres, fué perfectamente desempeñada por las señoritas de Andilla y Escobar, y los Sres. D. Ricardo Vega, Santero y Valdecañas.

El viernes tuvimos el gusto de asistir á la funcion que con motivo de ser sus días dió el digno Administrador del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto, Sr. D. Marcelino Gomez de la Serna á las señoritas educandas. Repre-

sentóse en el bonito teatro de este establecimiento la comedia *La viuda improvisada*, cuyos pequeños personajes fueron admirablemente desempeñados por colegialas de muy corta edad. En seguida se recitaron por otras señoritas algunas fábulas en francés con singular aplomo y correcta pronunciaci6n, demostrando lo bien desempeñada que está la educaci6n en este ramo por su profesora, que es una señora francesa.

La parte musical fué la que mereció verdaderamente los honores de la funcion, no solo por las piezas que se ejecutaron, sino por el buen desempeño de las alumnas. En efecto, la señorita de Fontan cantó con serenidad y buen gusto una bella *Ave-Maria*, llena de sentimiento y expresi6n religiosa. No estuvieron menos felices las hermanas Urramendi en un duo del maestro Campana, cuyo título no recordamos, fácil, melódico y elegante, como todas las piezas de camera de este autor. Finalmente, del Sr. Casado, profesor del Colegio, se cantó un lindísimo coro, titulado la *Primavera*, al cual dió realce la manera con que lo ejecutaron las señoritas Fontan, Urramendi, Zagala, Melgar, Campiña, y Martinez, hasta el punto de merecer los honores de la repeticion, pedida con aplauso general. Dicho Sr. Casado acompañó al piano todas las piezas que se cantaron.

Esta sencilla funcion hizo conocer que la instruccion que se dá en este colegio, además de ser fundamental y religiosa, responde á lo que en la parte de adorno y cultura exige la sociedad á las señoritas de cierta clase.

Para agradable fin de la funcion, se obsequió á la concurrencia, compuesta en su mayor parte de las familias de las señoritas colegialas, con un abundante y bien servido buffet, dispuesto por la amabilidad del Sr. Administrador de este establecimiento.

Antes de terminar esta ligera reseña, diremos dos cosas á nuestras lectoras: primera, que los conciertos del Sr. Barbieri, frecuentados siempre por numerosa y escogida concurrencia, llegan á su fin con una funcion extraordinaria, que hoy se debe dar á beneficio por mitad de los profesores que han sufrido perjuicios en el incendio del Conservatorio y de la Asociaci6n de Beneficencia domiciliaria: segunda, que parece cierta la noticia de que la sociedad de conciertos, dirigida por dicho Sr. Barbieri, se traslada á Valencia para dar algunos en las fiestas del Centenar.

No poco contribuirá esta circunstancia á dar animaci6n á la hermosa ciudad del Turia.

A. A.

LABORES.

El núm. 1 de nuestro grabado representa una *corbata de señora*, hecha en cinta ó tela de seda azul ó verde, y adornada con puntilla y aplicaciones de *frivolité*. La puntilla que la guarnece, se ejecuta á festones de treinta presillas, empleando en las cinco del centro el punzon, con el cual resulta la presillita al aire, cosiendo despues unos á otros los festones por las últimas para darles mayor solidez. Las estrellas se ejecutan como el feston, muy juntas y cer-

rándolas en circulo con otra presillita chica en el centro, en forma de estrella. Este adorno, ejecutado en seda blanca ó hilo muy fino, se cose sobre la seda, resultando de una transparencia del mejor gusto.

El núm. 2 representa un delantal para niña, el que consta de una tira de percal ó muselina de 44 centímetros de largo, por un metro, y 22 centímetros de ancho. Despues de cortar el escote del brazo, se orilla por abajo de un

doble con tres jaretitas encima, recojiendo el plegado del escote con un entredos bordado y orillado de puntilla en el borde superior. Manga, hombrera y bolsillos, una y otros con igual bordado y puntilla, completan esta prenda tan útil para las niñas, y que les dá tanta belleza y abandono.

El objeto núm. 3 es un agreman de cuentas de cristal ó azabache. Para obtenerle se pasa en un hilo ó seda gruesa una cuenta gorda, y con otro hilo, que se da algunas vueltas al primero para mayor solidez, se engarzan cuentas pe-

queñas, que se colocan alrededor de la grande, rodeando despues ambos hilos hasta repetir la misma estrella á corta distancia. Despues al coserlo en la prenda que haya de adornar, se dan algunos puntos en la parte superior é inferior de cada estrella, para conservar mejor su forma.

Ahora que en trajes, abrigos y sombreros, se emplean esta clase de adornos, creemos que nuestras lectoras nos agradecerán este lindo modelo.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

ESPLICACION de la lámina doble de Abrigos, que se reparte de REGALO á las suscriptoras por seis meses ó un año.

FIG. 1.^a *Vestido corto con doble falda de alpaca gris adornada de terciopelo y botones negros.*

MIGNON. *Paletot* tronzado en las costuras del costado y separado de adelante para dejar ver un chaleco igual. Este abrigo puede hacerse de la misma tela y adornos que el traje, ó de paño grana para campo. El delantero, prolongándose mas que la espalda, forma estola, en la que va el bolsillo.

Sombrero redondo de crin blanca con guirnalda de flores que cruzan además por delante, á lo esclava.

FIG. 2.^a *Vestido largo de grós de París negro adornado de estolas de la misma tela, bordadas de azabache y con fleco del mismo al pié.*

DON CÁRLOS. *Paletot* recto y holgado del mismo grós con gran tabla en el centro de la espalda, que figura una pieza prolongada sobre el abrigo, y adornada como la manga perdida, con bordados, fleco y borlas de azabache.

Sombrero de paja, con cinta formando el ala, de la que parte una blonda en bavolet: pluma marabout con broche.

FIG. 3.^a *Vestido de tela sultana, de falda corta, y otra encima figurada por botones y flecos.*

VIOLETTA. *Paletot* de seda negro adornado de pasamanería y fleco alrededor: este abrigo ciñe al talle con cinturón con fleco al pié, y cierra por delante torcido, rematando una punta redonda y otra aguda en el bajo.

Sombrero redondo de paja de arroz con cinta alrededor, y grupo de flores silvestres por delante, á los lados y debajo de la copa.

FIG. 4.^a *Vestido de falda interior de seda verde, adornada de guipure, y superior de grós negro adornada de agreman y madroños.*

CARMETA. *Paletot* holgado de grós negro, prolongándose en punta los dos delanteros, guarnecidos de fleco: el resto del contorno va orillado de guipure bordado de azabache como todo el abrigo: las mismas puntas se repiten en medio de la espalda.

Sombrero de tul rizado, orillado de fleco de perlas y sujeto por bridas de tul.

FIG. 5.^a *Vestido corto y de doble falda, lisa la primera, y moteada la segunda, y abierto el costado, adornadas ambas de bieses de seda.*

ODALISCA. *Vesta* abierta en V por delante, cruzándose las puntas en el talle y bajando á redondearse por delante y por detrás: la manga, abierta desde su nacimiento, va bordada con sargas de cuentas de ámbar, y de las mismas es el fleco y bordado de la vesta, que va ceñida por un cinturón con cabos flotantes.

Cofia napolitana de encaje blanco.

FIG. 6.^a *Vestido largo de seda listada con doble falda, formada por grandes patas ondeadas, cada una de un paño.*

FANTASÍA. *Paletot* holgado de seda, con costadillo corto, y terminado por guipure, sobre el cual montan la espalda y el delantero de bordes ondeados y guarnecidos de agreman. Por delante y por detrás lleva lazo de cordón con largas caídas.

Sombrero birrete de paja de arroz con bridas de tafetan, pájaro á la izquierda, y doble guirnalda de flores por detrás.

Explicacion del Figurin de sombreros.

Núm. 1. *Sombrero diadema*, de crespon blanco, moteado de perlas, orillado de cinta verde á picos, y de bellotas de cristal verdes. Bidas blancas, y sprit sujeto por mariposa á la izquierda.

Núm. 2. *Sombrero chino* de tul bullonado, con bordes de picos orillados de biés de raso color de rosa: larga bellota de cristal en cada pico exterior, y grupo de tres hojas en cada uno interior. Dobles bridas de cinta rosa y tul, sujetas las cuatro con grupo de hojas.

Núm. 3. *Sombrero parisien* de paja de arroz con trenza de seda malva, redonda la copa y prolongándose por delante en esclava. Fleco de cristal alrededor, y bridas malva sujetas por grupo de violetas igual al que va á la izquierda sobre el ala.

Núm. 4. *Sombrero Reina Margarita* de tul blanco, orillado de biés de raso blanco y fleco de perlas con guirnalda alrededor de pluma marabout, que baja además á formar las bridas, sujetas por una rosa: otra á la izquierda y lazo con largas caídas por detrás, completan el adorno.

Núm. 5. *Sombrero Dubarry* de paja belga, guarnecido de terciopelo rosa y encaje negro con fleco encima de azabache y paja: bridas de seda color de paja.

Núm. 6. *Sombrero Niza* de paja gris trenzada, adornado de cinta y bridas verdes: pájaro por detrás, y guirnalda de follaje escarchado por delante.

Núm. 7. *Sombrero andaluz* de tul color botón de oro, rizado hácia el centro con lazo en medio: un echarpe del mismo tul moteado de ámbar rodea el sombrero y se anuda por detrás, descendiendo los cabos flotantes: bridas de cinta blancas y color de oro, fleco de ámbar por delante, y guirnalda de botones de oro.

Núm. 8. *Sombrero tirolés* redondo, de paja de arroz, orillado de ruche de tafetan azul, con pájaro azul con cola de faisán. Lazo azul con tres caídas cortas por detrás.

Núm. 9. *Sombrero María Stuard* de paja belga, orillado de biés de cinta color de paja, con bridas de la misma cinta, que parten de adelante formando pico. Fleco de cristal y grupo de flores silvestres.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID. — 1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo. — Olmo, 14.